

## prólogo

Pasados pocos más de cien días del cuadragésimo año de su confinamiento, Dajeil Gelian recibió en la solitaria torre junto al mar la visita de un avatar de la gran nave que era su hogar.

En la lejanía, entre las crecidas olas grises, flotaban los lentos y gibosos cuerpos de los moradores más grandes del pequeño mar. Chorros de vapor brotaban de las cavidades respiratorias de los animales, como géiseres fantasmales e insustanciales entre las bandadas de aves que acompañaban al banco, haciéndolas ascender y virar y chillar, escorándose y batiendo las alas en el aire frío. En las alturas, apareciendo y desapareciendo entre las capas de nubes teñidas de rosa, como pequeñas nubecillas a su vez, se movían otras criaturas, dirigibles y cometas que recorrían la alta atmósfera con las alas y los doseles extendidos, calentándose bajo la luz acuosa de un nuevo día.

La luz provenía de una línea que cruzaba el cielo, no de un punto, porque el lugar en el que Dajeil Gelian vivía no era un mundo normal. La solitaria hebra de borrosa incandescencia nacía cerca del lejano horizonte oceánico, se extendía por el cielo y desaparecía sobre el labio erizado de follaje del acantilado de dos mil metros situado un kilómetro más allá de la playa y la solitaria torre. Al alba, parecería que la línea solar se habría levantado desde el horizonte de estribor. A mediodía estaría directamente sobre la torre y al llegar la puesta de sol parecería desaparecer en el mar, a babor. Ya era media mañana y la línea había completado la mitad de su recorrido de ascenso, describiendo un brillante arco por la bóveda como una comba en un eterno giro a cámara lenta sobre el día.

A ambos lados de aquel filamento de luz entre amarilla y blanca se veía el cielo —el cielo de verdad, el cielo que había sobre las nubes—: una presencia ominosa, de aspecto sólido, entre marrón y negra, que sugería las presiones y temperaturas extremas reinantes en su interior y en la que se movían otros animales por un paisaje de química completamente tóxica para el mundo inferior pero que, en su forma y su densidad, era el reflejo perfecto del océano gris azotado por el viento.

Una procesión regular de olas rompía contra el grisáceo glacis que formaban los guijarros de la playa, batiendo añicos de concha enterrados, diminutos fragmentos de caparzones vacíos, finas y frágiles lascas de restos marinos, astillas de madera barnizada de mar, guijarros de espuma de piedra picada que parecían delicadas canicas de hueso poroso y una colección variopinta de sedimentos marinos procedentes de un puñado de centenares de planetas diferentes dispersos por toda la enorme galaxia. La espuma saltaba allí donde las olas caían sobre la costa y arrastraba el olor salado del mar por toda la playa, por la maraña de raquítica vegetación que marcaba sus linderos, sobre el bajo muro de piedra que proporcionaba cierta protección al jardín de la torre, orientado hacia el mar y —tras enroscarse en la propia y achaparrada construcción y escalar el elevado muro que había más allá—, arrastraba de forma intermitente el fuerte olor a yodo hasta el jardín cercado del interior, donde Dajeil Gelian cuidaba de macizos elevados de brillantes flores desplegadas, de las formas crujientes y medio achaparradas de unos espinos y de una maleza salvaje de flores sombrías.

La mujer escuchó el tintineo de la campanilla de la entrada orientada a tierra firme pero ya sabía que tenía visita porque el pájaro negro, Gravious, se lo había dicho. Pocos minutos antes había descendido de los cielos nublados y había lanzado un graznido, “¡Compañía!”, junto con una temblorosa recolección de presas que guardaba en el pico antes de volver a partir en busca de más insectos para su despensa invernal. Mientras el ave se alejaba, la mujer había respondido con un gesto afirmativo, al tiempo que enderezaba la espalda y se llevaba las manos a la región lumbar, y a continuación había acariciado con aire ausente su hinchado abdomen a través de la gruesa tela del pesado vestido que llevaba.

El mensaje que traía el ave no necesitaba mayor elaboración. En las catorce décadas que había vivido allí sola, Dajeil solo había recibido una visita, la del avatar del navío al que veía como anfitrión y protector, y que en aquel mismo momento estaba apartando con rapidez y precisión las ramas de un espino mientras bajaba por el camino de la entrada orientada a tierra. Lo único que Dajeil encontró sorprendente fue que su visitante estuviera allí en aquel momento. El avatar le hacía —siempre como si se dejara caer por allí en medio de un paseo por la costa— una corta visita cada ocho días y normalmente solía hacerle otra más larga y formal —en la que desayunaban, almorzaban o cenaban, según correspondiera— cada treinta y dos días. De acuerdo con este horario, Dajeil no esperaba una visita del representante de la nave hasta dentro de cinco días.

Con un movimiento cauto, introdujo un mechón suelto de su cabello bajo la sencilla banda con la que se recogía el pelo y saludó con un gesto de la cabeza a la alta figura que se le acercaba entre los retorcidos troncos.

—Buenos días —dijo.

El avatar de la nave se llamaba a sí mismo Amorphia, nombre que, según parecía, tenía un significado razonablemente profundo en una lengua que Dajeil no conocía y que nunca se había creído en la necesidad de aprender. Amorphia era una criatura enjuta, pálida y andrógina, tan flaca que era casi esquelética, y una cabeza más alta que Dajeil, que ya de por sí era esbelta y alta. Durante los últimos doce años, el avatar había adoptado la costumbre de vestir por completo de negro, y fue con pantalones negros, con una camisa negra y un chaleco corto

y negro, y con el rubio y corto pelo rubio cubierto por un capacete del mismo color como se presentó ahora. Se quitó el capacete y se inclinó ante Dajeil, sonriendo como si se sintiera inseguro.

—Buenos días, Dajeil. ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro bien, gracias —dijo Dajeil, quien hacía tiempo que había dejado de protestar, y de hecho hasta de sentirse molesta, por unas formalidades que se le antojaban del todo redundantes. Estaba convencida de que la nave la vigilaba con el cuidado suficiente para conocer con toda precisión su estado de salud —que, de todos modos, siempre era perfecto— pero a pesar de todo estaba dispuesta a participar de la pretensión de que no era objeto de una vigilancia escrupulosa y que, por tanto, la pregunta tenía sentido. Sin embargo, lo que no estaba dispuesta a hacer era pagar a la nave con la misma moneda, preguntando por el estado de salud de lo que era, o bien una entidad con forma y constitución humana que ejercía únicamente —por lo que ella sabía— como representante de la nave ante ella, o bien la nave misma.

—¿Entramos? —preguntó.

—Sí. Gracias.

La cúpula de cristal traslúcido del edificio —orientada a un cielo cada vez más nuboso y grisáceo— iluminaba desde arriba la cámara superior, y desde los lados lo hacían unas pantallas holográficas de brillo suave, de las cuales una tercera parte mostraba escenas submarinas verdes y azuladas, protagonizadas normalmente por alguno de los grandes mamíferos y peces que habitaban el mar que se extendía al exterior, una tercera parte imágenes brillantes de nubes de vapor de agua de aspecto liviano y las criaturas gigantescas voladoras que jugueteaban entre ellas, y la última parte, aparentemente desenfocada —en frecuencias inaccesibles al ojo humano— el oscuro y denso marasmo de la comprimida atmósfera, más propia de un gigante gaseoso, del cielo artificial que había sobre ellos y en la que se movían criaturas aún más extrañas.

Sentada en un sofá y rodeada de cobertores, cojines y tapices de brillantes colores, Dajeil alargó la mano hacia una mesa baja hecha de hueso tallado de arremolinado trazo y sirvió una infusión caliente de zumos de hierbas de una jarra de cristal en una copa de vidrio vaciado con base de filigrana de plata. Se reclinó en su asiento. Su invitado, sentado con aire incómodo en el borde de una delicada silla de madera, levantó la copa, llena a rebosar, recorrió la habitación con la mirada y a continuación se la llevó a los labios y bebió. Dajeil sonrió.

El avatar Amorphia había sido moldeado de forma deliberada para que no pareciera un macho ni una hembra, sino tan perfecta y artificialmente suspendido entre la masculinidad y la feminidad como fuera posible, y la nave jamás había alimentado la pretensión de que su representante fuera otra cosa que una criatura de su hechura, dotada solo de la más superficial independencia intelectual. Sin embargo, a la mujer aún le divertía encontrar modos propios de verificar que aquel aparente ser humano no tenía nada de humano.

Se había convertido en uno de los pequeños juegos privados a que jugaba con la cadavérica y andrógina criatura: le ofrecía una copa, taza o vaso lleno hasta el borde de la bebida apropiada —de hecho, en ocasiones, lleno más allá del borde,

de tal modo que lo único que impedía que el líquido se vertiera era la tensión superficial— y a continuación observaba cómo se la llevaba Amorphia a los labios y bebía, todas y cada una de las ocasiones, sin derramar una sola gota ni prestar al acto ninguna atención especial; una hazaña de la que ningún ser humano que ella hubiera conocido habría sido capaz.

Dajeil dio un sorbo a su propia copa y sintió cómo se abría camino por su garganta la calidez de la bebida. En su interior se agitó el niño y ella, sin pensarlo en realidad, se dio unas suaves palmaditas en el vientre.

La mirada del avatar parecía clavada en una pantalla holográfica concreta. Sin levantarse, Dajeil se volvió, miró en la misma dirección y descubrió el violento espectáculo desplegado en dos de las pantallas que mostraban el medio gaseoso de la alta atmósfera: un banco de los depredadores que coronaban la cadena trófica del hábitat —criaturas afiladas, con cabezas en forma de flecha, dotadas de aletas como los misiles, envueltas en los gases que expelían por sus orificios impulsores— estaba apareciendo desde ángulos distintos, saliendo de una gigantesca columna nubosa y precipitándose a través de una atmósfera más clara sobre un grupo de animales vagamente parecidos a aves que pastaban junto al borde de la cima de una nube alargada. Las aviarias criaturas se desperdigaron: algunas de ellas se encogieron y cayeron, otras se alejaron batiendo desesperadamente las alas y otras, paralizadas por el terror, desaparecieron en el interior de la nube. Los depredadores, rápidos como rayos, fueron tras ellas. La mayoría no logró alcanzar sus presas pero unos pocos, mordiendo, desgarrando y matando, se salieron con la suya.

Dajeil asintió.

—Ahí arriba es época de migración —dijo—. Pronto llegará la estación de procreación. —Observó cómo destrozaban y engullían una de sus presas dos de los depredadores de cuerpo de misil—. Más bocas que alimentar —dijo en voz baja mientras apartaba la mirada.

Se encogió de hombros. Reconocía a algunos de los depredadores, ejemplares a los que les había puesto nombre, aunque las criaturas que a ella le interesaban realmente eran unos animales mucho más grandes y lentos —a los que por regla general no molestaban los depredadores— que parecían una versión mayor y bulbosa de la desgraciada bandada que estaba siendo cazada.

En varias ocasiones, Dajeil había discutido los detalles de las diferentes ecologías que contenían los hábitats de la nave con Amorphia, quien parecía a un tiempo cortésmente educado y francamente ajeno a la cuestión, a pesar de que los conocimientos de la nave sobre los ecosistemas eran, en la práctica, totales. Las criaturas le pertenecían, al fin y al cabo, fuesen pasajeros o mascotas. Igual que ella misma, pensaba Dajeil a veces.

La mirada de Amorphia seguía clavada en las pantallas que mostraban la carnicería que estaba teniendo lugar en el cielo más allá del cielo.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo el avatar, y volvió a beber de su copa. Se volvió hacia Dajeil, que parecía sorprendida—. En cierto modo —se apresuró a añadir.

Dajeil asintió con lentitud.

—A su manera sí, por supuesto. —Se inclinó hacia el avatar y dejó su copa sobre la mesa de hueso tallado—. ¿Por qué has venido hoy, Amorphia? —preguntó.

La pregunta pareció sorprender al representante de la nave. Le faltó poco, pensó Dajeil, para derramar su bebida.

—Para ver cómo te encontrabas —dijo el avatar con rapidez.

Dajeil suspiró.

—Bueno —dijo—. Ya hemos dejado claro que me encuentro bien y...

—¿Y el niño? —preguntó Amorphia mirando el vientre de la mujer.

Dajeil apoyó las manos en su abdomen.

—Está... como siempre —dijo en voz baja—. Está sano.

—Bien —dijo Amorphia. Se abrazó el torso con las manos y cruzó las piernas.

Volvió a mirar los hologramas.

Dajeil estaba perdiendo la paciencia.

—Amorphia, hablando como la nave: ¿Qué ocurre?

El avatar miró a la mujer con una extraña, perdida, salvaje expresión en los ojos y por un momento Dajeil temió que algo hubiera ido mal, que la nave hubiera sufrido alguna herida o división terrible, que se hubiera vuelto loca (a fin de cuentas, sus iguales decían de ella que, en el mejor de los casos, estaba ya medio loca) y hubiera dejado a Amorphia solo para que se encargara de todo con sus propios e inadecuados recursos. Entonces, la criatura de negro atuendo se desenmarañó, se puso en pie, caminó hasta una ventana que daba al mar y apartó las cortinas para contemplar la vista. Se llevó las manos a los brazos y apretó.

—Parece que todo está a punto de cambiar, Dajeil —dijo el avatar con voz vacía y dirigiéndose en apariencia a la ventana. Giró la cabeza hacia ella por un momento. Cruzó las manos a la espalda—. Puede que el mar tenga que volverse como la piedra, o el acero. Y también el cielo. Y puede que tú y yo tengamos que separarnos. —Se volvió hacia ella y entonces se le acercó y tomó asiento al otro extremo del sofá, donde su enjuta figura apenas dejó huella en los cojines. La miró a los ojos.

—¿Volverse como la piedra? —dijo Dajeil, preocupada todavía por la salud mental del avatar, o de la nave que lo controlaba, o de ambos—. ¿Qué quieres decir?

—Tenemos... esto es, la nave... —dijo Amorphia poniéndose una mano en el pecho—... finalmente tenemos... algo que hacer.

—¿Algo que hacer? —dijo Dajeil—. ¿El qué?

—Algo que requiere que este mundo nuestro cambie —dijo el avatar—. Algo que requiere que... como mínimo... tengamos que almacenar a nuestros huéspedes animados con todo lo demás... Bueno, salvo puede que a ti... Y luego, tal vez, que partamos dejando a nuestros huéspedes, a todos nuestros huéspedes, en hábitats apropiados.

—¿Incluida yo?

—Incluida tú, Dajeil.

—Ya veo —asintió. Abandonar la torre. Abandonar la nave. Vaya, pensó, qué final más repentino para mi protegido aislamiento—. ¿Mientras tú... —preguntó al avatar— te marchas a hacer...? ¿El qué?

—Algo —le dijo Amorphia, sin el menor asomo de ironía.

Dajeil esbozó una fina sonrisa.

—De lo que no vas a hablarme.

—De lo que no puedo hablarte.

—Porque...

—Porque yo mismo no lo sé todavía —dijo Amorphia.

—Ah. —Dajeil pensó un momento y entonces se levantó y se acercó a una de las pantallas holográficas, donde una cámara dron estaba siguiendo un banco de rayas triangulares, moteadas y de alas púrpuras, por el lecho de una zona superficial del océano. También conocía aquel banco. Había presenciado la vida y la muerte de tres generaciones de las enormes y amables criaturas. Las había observado y había nadado con ellas y —en una ocasión— había ayudado a una de ellas a parir.

Las enormes alas púrpuras se sacudían a cámara lenta y sus puntas levantaban intermitentemente pequeñas volutas de arena dorada.

—Será todo un cambio, sí —dijo Dajeil.

—En efecto —dijo el avatar. Hizo una pausa—. Y podría traducirse en un cambio de tus circunstancias.

Dajeil se volvió para mirar a la criatura, que la observaba desde el sofá con los ojos muy abiertos y sin pestañear.

—¿Un cambio? —dijo Dajeil, y su voz reveló la agitación que sentía. Volvió a acariciarse el vientre y entonces parpadeó y bajó la mirada a su mano, como si también ella se hubiera convertido en una traidora.

—No estoy seguro —le confesó Amorphia—. Pero es posible.

Dajeil se arrancó la banda del pelo y sacudió la cabeza. Liberado, su largo y negro cabello le cubrió la mitad del rostro mientras ella recorría la habitación de un lado a otro.

—Ya veo —dijo. Levantó la mirada hacia la cúpula, sobre la que estaba cayendo una ligera llovizna. Se apoyó en la pared de las pantallas holográficas y clavó la mirada en el avatar—. ¿Cuándo ocurrirá todo eso?

—Unos pocos cambios, intrascendentes pero capaces de ahorrarnos mucho tiempo en el futuro si los llevamos a cabo ahora, están produciéndose ya —dijo—. El resto, lo principal... ocurrirá más tarde. Dentro de un día o dos, o puede que una semana o dos... Si estás de acuerdo.

Dajeil reflexionó un momento, mientras un abanico de expresiones recorría su rostro, y entonces sonrió.

—¿Quieres decir que me estás pidiendo permiso para hacerlo?

—Algo así —musitó el representante de la nave mientras bajaba la mirada y jugueteaba con las uñas de sus dedos.

Dajeil le permitió hacerlo durante un rato y entonces dijo:

—Nave, me has cuidado, me has mimado... —hizo un esfuerzo para sonreírle a la criatura ataviada de negro, a pesar de que ésta seguía concentrada en sus uñas— y me has entretenido todo este tiempo y nunca podré expresar mi gratitud o empezar siquiera a pagarte mi deuda, pero no puedo tomar las decisiones por ti. Debes hacer lo que creas conveniente.

La criatura levantó la mirada al instante.

—Entonces empezaré a clasificar la fauna ahora mismo —dijo—. De ese modo tardaremos menos en reunirla cuando llegue el momento. Después de eso, pasarán unos pocos días antes de que podamos dar comienzo al proceso de transformación. A partir de ese punto... —Se encogió de hombros. Era el gesto más humano que había visto al avatar en toda su vida— pueden pasar veinte o treinta días antes de que... se alcance una resolución de algún tipo. Aunque también es difícil de precisar.

Dajeil cruzó los brazos sobre la hinchazón de su preñez, perpetuada por ella misma a lo largo de cuarenta años. Asintió con lentitud.

—Bien, gracias por decírmelo. —Esbozó una sonrisa falsa y de repente fue incapaz de seguir conteniendo sus emociones, miró entre lágrimas y rizos negros a la criatura de alargados miembros que había en su sofá y le dijo—: Bueno... ¿no tendrías que estar haciendo alguna cosa?

Desde lo alto de la torre batida por la lluvia, la mujer observaba al avatar mientras éste rehacía sus pasos por la estrecha vereda que recorría el prado salpicado de árboles hasta llegar al pie del acantilado de dos kilómetros, envuelto en un desigual cúmulo de derrubios. La fina y oscura figura —granulosa a causa del aumento y extendida sobre la mitad de su campo de visión— sorteó un último bloque de grandes dimensiones al pie del acantilado y a continuación desapareció. Dajeil permitió que los músculos de sus ojos se relajaran. Al mismo tiempo, en su cerebro, una serie de rutinas casi instintivas volvieron a desactivarse. Su visión volvió a la normalidad.

Levantó la mirada hacia el encapotado cielo. Una bandada de las criaturas parecidas a cometas, oscuras formas rectangulares inmóviles delante de un fondo gris, flotaba bajo las nubes que se extendían sobre la torre, como si estuvieran montando guardia para protegerla.

Trató de imaginar lo que sentirían, lo que sabrían. Existían maneras de acceder directamente a sus mentes, métodos que virtualmente nunca se utilizaban con humanos y cuyo uso con animales era objeto de censura en proporción directa a la inteligencia de las criaturas. Pero existían, y la nave le permitiría usarlas si se lo pedía. También existían métodos que permitían a la nave simular, aunque de una forma que distaba mucho de ser perfecta, lo que las criaturas debían de estar experimentando y ella había hecho uso a menudo de esas técnicas para conseguir que un equivalente humano del proceso de imitación fuera transferido a su mente, y fue este proceso al que recurrió ahora, aunque en vano, como enseguida descubrió; estaba demasiado agitada, demasiado distraída por las cosas que Amorphia le había dicho, como para poder concentrarse.

Así que en su lugar, utilizando el mismo y aguzado ojo de la mente, trató de imaginarse la nave como un todo, recordando las ocasiones en las que había visto la embarcación desde una de sus máquinas de control remoto o alguno de los módulos que la sobrevolaban, tratando de imaginar los cambios para los que estaría ya preparándose. Supuso que serían imperceptibles desde la distancia necesaria para percibir la nave en su totalidad.

Miró a su alrededor y contempló el gran acantilado, las nubes y el mar, la oscuridad del cielo. Su mirada recorrió el oleaje, la marisma y los bajíos que se extendían bajo los derrubios y el acantilado. Se frotó el vientre sin pensar, como llevaba haciendo casi cuarenta años y reflexionó sobre la marginalidad de las cosas y sobre la rapidez con la que sobrevienen los cambios, hasta en algo que había parecido destinado a continuar como si existiera a perpetuidad.

Pero claro, como demasiado bien sabía ella, cuando más cariño nos inspira la idea de que algo durará para siempre, más efímero resulta ser.

De repente fue muy consciente del lugar que ocupaba allí, de su posición. Se vio a sí misma y a la torre, tanto dentro como fuera de la nave. En el exterior del casco principal —inequívoco, finito, de límites rectos y mensurables con exactitud en kilómetros— pero dentro del enorme envoltorio de agua, aire y gas que abarcaban las múltiples capas de sus campos (Algunas veces imaginaba los campos de fuerza como los miriñaques, la ropa interior, las faldas, los volantes y los cordones de un antiguo vestido de gala). Un bloque de potencia y sustancia flotando en una gigantesca cucharada de mar, con la mayor parte de su inmensa mole expuesta al aire y a las nubes que formaban su capa intermedia y abovedada por un entorno estanco de feroz temperatura, colosal presión y aplastante gravedad que simulaba las condiciones atmosféricas de un gigante gaseoso. Una estancia, una caverna, un cascarón vacío de cien kilómetros de longitud recorriendo el espacio a gran velocidad con la nave como vasto y allanado corazón. Un corazón —un mundo delimitado dentro de este mundo— en el que, impulsada por la determinación de no volver a ver la infinita catacumba de los silenciosos muertos vivientes, no había puesto el pie en los últimos treinta y nueve de aquellos cuarenta idénticos años.

Todo iba a cambiar, pensó Dajeil Gelian. Todo iba a cambiar, y el mar y el cielo se volverían como la piedra, o el acero...

El ave negra, Gravious, se posó junto a su mano en el parapeto de piedra de la torre.

—¿Qué ocurre? —graznó—. Está pasando algo. Lo noto. ¿Qué es, pues? ¿Qué está ocurriendo?

—Oh, pregúntale a la nave —le dijo.

—Ya he preguntado. Lo único que dice es que se avecinan cambios, cosa que ya sé. —El ave sacudió la cabeza una vez, como si quisiera quitarse algo desagradable del pico—. No me gustan los cambios —dijo. Giró la cabeza y clavó las dos cuentas de sus ojos en la mujer—. ¿Y qué clase de cambios, pues? ¿Eh? ¿Qué cabe esperar? ¿Qué hemos de aguardar, eh? ¿Te lo ha dicho?

Ella sacudió la cabeza.

—No —dijo sin mirar al pájaro—. No, en realidad no.

—Ah. —El ave siguió mirándola un momento y a continuación volvió a girar la cabeza hacia las marismas salinas. Agitó las plumas y se irguió sobre las finas patas negras—. Bueno —dijo—. Se acerca el invierno. Eso nunca se demora. Mejor prepararse. —Echó a volar—. Qué útil es la grasa... —le oyó musitar. Desplegó las alas y se alejó volando en una trayectoria intrincada.

Dajeil Gelian volvió a levantar la mirada hacia las nubes y el cielo que se extendía tras ellas. Todo iba a cambiar, y el mar y el cielo se volverían como la piedra, o el acero... Sacudió la cabeza de nuevo y se preguntó qué clase de circunstancia podía haber obligado a tomar medidas tan extremas a la gran nave que había sido su hogar, su refugio, durante tanto tiempo.

Daba igual; al cabo de cuatro décadas en aquel estado de exilio interno que se había impuesto a sí misma, siguiendo un curso caprichoso por el desierto de la Ulterior de la civilización y ejerciendo a los ojos de todos como depósito de espíritus adormecidos y animales muy grandes, parecía que el Vehículo General de Sistemas *Servicio durmiente* estaba empezando de nuevo a pensar y a comportarse un poco como una nave de la Cultura.